



MANUEL DE FALLA

1876-1946

Yvan Nommick

Musicólogo, Director de Estudios Artísticos de la Casa de Velázquez (Madrid)

En 1921, Manuel de Falla confió a Adolfo Salazar: «Al acostarme, cada noche [...], nuevas ideas y nuevos proyectos me asaltan, y en cada uno de ellos quisiera renovar mi técnica, rehacer mi sistema de procedimientos, cambiar de faceta para reflejar un color nuevo; cambios que no son sino la afirmación más completa de la personalidad, nuevos enfoques y nuevos puntos de vista» (*El Sol*, 25-X-1921). Este afán de regeneración del lenguaje musical que se manifiesta a lo largo de toda su trayectoria compositiva, y hace de cada una de sus composiciones un mundo sonoro nuevo, unido a un constante anhelo de perfección técnica y concisión en la expresión, le permitió crear una música española plenamente conectada con las más novedosas corrientes musicales de su tiempo y liberada de pintoresquismo. Esta exigencia consigo mismo, desprovista de cualquier forma de dogmatismo, es el signo distintivo de un compositor que subordinó en gran parte su vida a su vocación creadora, vocación que se apoderó de él, de manera fulminante, a los 17 años de edad, a raíz de un concierto en el Museo de Cádiz en el que oyó obras orquestales de Beethoven y Grieg: «A partir de ese momento algo como una convicción tan temerosa como

En «Semblanzas de compositores españoles» un especialista en musicología expone el perfil biográfico y artístico de un autor relevante en la historia de la música en España y analiza el contexto musical, social y cultural en el que desarrolló su obra. Los trabajos se reproducen en la página web de esta institución (www.march.es)

profunda me impulsaba a dejarlo todo para dedicarme completamente al estudio de la composición. Y esta vocación se hizo tan fuerte que llegué a sentir incluso miedo, ya que las ilusiones que despertaba en mí estaban muy por encima de aquello que yo me creía capaz de hacer» (carta de Falla a Roland-Manuel, 30-XII-1928).

Falla, que había iniciado su formación musical en su Cádiz natal, estudió piano a partir de 1897 con el ilustre concertista y pedagogo José Tragó, quien había sido alumno en el Conservatorio de París de un discípulo de Chopin, Georges Mathias. No es extraño, pues, que en las obras tempranas de Falla la impronta de Chopin sea la más evidente, particularmente en piezas para piano como el *Nocturno* o la *Mazurca*, escritas en los últimos años del siglo XIX. También encontramos huellas claras de la presencia de Schumann, Liszt, Grieg y Albéniz, pero no se trata en modo alguno de plagios: el joven Falla –y esto será constante en toda su obra– estampa su sello personal en los elementos tomados en préstamo y los incorpora a su propio estilo.

Creó una música española liberada de pintoresquismo

Entre 1902 y 1904 estudió composición con el compositor y musicólogo catalán Felipe Pedrell, quien le mostró no sólo la vía de un nacionalismo musical basado en el empleo de la música popular, sino también el camino, más universal, que parte de un profundo conocimiento de la tradición musical culta española. Esta enseñanza actuó como un catalizador y el primer gran fruto del magisterio de Pedrell fue, en 1905, una obra maestra, a la que Falla consideraba su primera composición: *La vida breve*, drama lírico premiado en noviembre de 1905 por la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, pero que sólo se estrenaría en 1913, en Francia. En *La vida breve*, la música popular, en este caso andaluza, desempeña un papel esencial, pero en su utilización Falla rechaza los tópicos y la utilización textual del documento folclórico, regla que aplicará en adelante a toda su obra: «Pienso modestamente que en el canto popular importa más el espíritu que la letra», escribiría en 1917 en la revista *Música*.

Falla se instaló en París durante el verano de 1907. Su estancia de siete años en la ca-

pital francesa fue muy provechosa: recibió el apoyo y los consejos –sobre todo en el campo de la orquestación– de dos de los máximos músicos de la época, Claude Debussy y Paul Dukas; terminó la composición de sus *Cuatro piezas españolas* (1906-1909), escribió las *Trois mélodies* (1909-1910) y las *Siete canciones populares españolas* (1914), y emprendió la composición de *Noches en los jardines de España* (1909-1916), una de las cumbres de la música para piano y orquesta del siglo XX; trabajó amistad con algunos de los más brillantes compositores de su generación, como Stravinsky o Ravel, y comenzó a ser reconocido internacionalmente. Así lo resumiría en 1923 en una carta al pintor Ignacio Zuloaga: «[...] para cuanto se refiere a mi oficio, mi patria es París. De no ser por París, y luego por Londres, yo hubiera tenido que abandonar la composición y dedicarme a dar lecciones para poder vivir».

En 1914, debido al desencadenamiento de la Primera Guerra Mundial, regresó a Madrid donde inició una intensa colaboración con el matrimonio formado por Gregorio Martínez Sierra y María de la O Lejárraga, cuyo Teatro de Arte fue uno de los principales focos de renovación escenográfica de España. Esta fructífera colaboración desembocó en la composición, entre otras obras, de la gitanería *El amor brujo* (1915), obra que transmite la esencia trágica y el carácter mágico del cante flamenco, y de la pantomima *El corregidor y la molinera* (1916-1917), divertida comedia de enredo que se inspira en algunos de los arquetipos fundamentales de la música popular española.

Los años 1918-1919 fueron cruciales en la evolución creativa de Falla. Exploró múltiples pistas, como lo demuestran las obras en las que trabajó durante esos años: el ballet *El sombrero de tres picos* (1917-1919), reelaboración de *El corregidor y la molinera* y obra de honda raíz folclórica española; la ópera cómica *Fuego fatuo* (1918-1919), cuyo material musical está íntegramente tomado de obras de Chopin; y la *Fantasía bætica* para piano solo (1919), visión austera, depurada y abstracta del arte flamenco. La coexistencia de tres mundos sonoros tan diferentes indica que la cuestión fundamental que le preocupó en esta fase fue la búsqueda de técnicas, materiales y modelos compositivos que le permitieran renovar en profundidad su lenguaje musical.

Su instalación en Granada, en 1920, coincidió con el inicio de un nuevo período



A la izquierda, Manuel de Falla en París, en 1913; a la derecha, fotografiado por Lipnitzki en 1928 (Archivo Manuel de Falla, Granada).

Estas dos fotografías del compositor ilustran bien la evolución de su personalidad y de su música. La primera está tomada en la época del estreno de *La vida breve* en la Ópera Cómica de París; la segunda se corresponde con la etapa de máxima depuración de su obra, ascesis que se refleja también en su rostro emaciado y su mirada, que transmiten una honda espiritualidad.

creativo. Esta etapa, que se abrió con *El retablo de maese Pedro* (1919-1923) –cuyo libreto, basado en el capítulo XXVI de la Segunda Parte de *El Quijote* y en frases y sintagmas extraídos de otros capítulos de la novela, es del propio Falla–, y llegó a su cima con la composición del *Concerto* para clave y cinco instrumentos (1923-1926), presenta dos rasgos esenciales: por una parte, constatamos la presencia de algunas de las características de la música neoclásica de los años 20 –objetividad expresiva, claridad de texturas, concisión de la forma, recuperación de modelos musicales y estilísticos del pasado, utilización de un efectivo orquestal reducido, escritura más contrapuntística–, y, por otra, vemos que Falla se distancia progresivamente de los materiales folclóricos, que ya habían alcanzado en sus obras anteriores un alto grado de

[Nota biográfica]

Manuel de Falla nació en Cádiz el 23 de noviembre de 1876 en una familia de la burguesía gaditana. En su formación jugaron un papel decisivo los consejos de José Tragó, Felipe Pedrell y Claude Debussy. Tres ciudades fueron fundamentales en su trayectoria artística: Madrid, París y Granada; falleció el 14 de noviembre de 1946 en Alta Gracia (Argentina) y sus restos descansan en la cripta de la catedral de Cádiz. Falla es el compositor español más importante del siglo XX. En su obra, poco numerosa pero esencial, logró aunar la tradición musical española, popular e histórica, y un lenguaje vanguardista e internacional, alcanzando una síntesis original con proyección universal.

estilización, y se inspira cada vez más en la tradición musical española, culta y religiosa, remontándose hasta la liturgia mozárabe y las *Cantigas* de Alfonso X el Sabio.

Llegado a la prodigiosa depuración del *Concerto* –obra que, al igual que *El retablo*, fue una referencia fundamental para los compositores de la llamada Generación musical del 27–, Falla, influido probablemente por el renacimiento del género oratorio en el segundo cuarto del siglo XX, sintió la necesidad de escribir una obra lírica imponente y de verter en ella todos los materiales acumulados en su memoria y su sensibilidad. Dedicó sus veinte últimos años de vida (1927-1946) casi exclusivamente a la composición de su oratorio escénico *Atlántida*, inspirado en el poema épico de Jacinto Verdaguer *L'Atlàntida*, sin lograr terminarlo. Sin embargo, esta inconclusa *Atlántida*, obra en la que Falla utilizó múltiples referencias –desde música de la Antigüedad griega hasta melodías incas y chinas, desde la polifonía renacentista hasta canciones catalanas e italianas–, transmite el sueño de una música sincrética que quiso realizar la síntesis del mundo antiguo y del mundo moderno, de Oriente y Occidente. Esta búsqueda de fuentes de inspiración a escala planetaria conecta con las preocupaciones de compositores nacidos más de un cuarto de siglo después de Falla: André Jolivet, por ejemplo, utilizó en su *Suite delphique* (1943) fragmentos de música de la antigua Grecia que Falla también introdujo en *Atlántida*, y Olivier Messiaen se inspiró para escribir *Harawi* (1945) en las mismas recopilaciones de música inca que Falla consultó para componer su oratorio.

Manuel de Falla creía en la «bella utilidad de la música desde un punto de vista social» (París, *Excelsior*, 31-V-1925). Su obra, refinada síntesis de tradición y vanguardia, libertad y disciplina rigurosa, es un ejemplo de música sin concesiones, pero profundamente comunicativa; por todo esto perdura su arte. ♦

[Biblio-discografía]



Las biografías cuyos autores trataron personalmente a Falla siguen siendo referencias imprescindibles: **John Brande Trend**, *Manuel de Falla and Spanish Music* (Nueva York, 1929); **Roland-Manuel**, *Manuel de Falla* (París, 1930) y **Jaime Pahissa**, *Vida y obra de Manuel de Falla* (Buenos Aires, 2ª ed., 1956). Asimismo, es fundamental leer los escritos del propio compositor: **Manuel de Falla**, *Escritos sobre música y músicos*, ed. de F. Sopena (Madrid, 5ª ed., 2003). Entre los trabajos biográficos más recientes, conviene consultar, en español, **Federico Sopena**, *Vida y obra de Manuel de Falla* (Madrid, 1988) y **Jorge de Persia**, *Los últimos años de Manuel de Falla* (Madrid, 1993); y, en inglés, el novedoso trabajo de **Carol A. Hess**, *Sacred Passions. The Life and Music of Manuel de Falla* (Nueva York, 2005).

Para una visión de conjunto de la bibliografía sobre Falla y de los documentos relacionados con su obra, véanse: **Antonio Gallego**, *Catálogo de obras de Manuel de Falla* (Madrid, 1988), **Nancy Lee Harper**, *Manuel de Falla. A Bio-Bibliography* (Wesport [Connecticut], 1998), **Yvan Nommick**, «Manuel de Falla: una bibliografía esencial», en *Universo Manuel de Falla*, ed. de Y. Nommick y R. del Pino (Granada, 2ª ed., 2007).

Desde los años 20, la obra de Falla ha sido objeto de numerosos registros discográficos y sus obras más difundidas han sido grabadas decenas de veces. En lo que se refiere a intérpretes desaparecidos, dominan la discografía las versiones de los directores **Ernest Ansermet** y **Ataúlfo Argenta** y del pianista **Esteban Sánchez**. Por su valor histórico, tienen mucho interés las grabaciones que hizo el propio Falla de, en particular, su *Concerto* para clave y cinco instrumentos, y, con **María Barrientos**, de las *Siete canciones populares españolas* (remasterización: Almoviva, DS-0121). La discografía crítica más completa publicada hasta hoy se encuentra en **Justo Romero**, *Falla* (Barcelona, 1999).

El legado del compositor, permanentemente incrementado, se conserva en el Archivo Manuel de Falla de Granada (www.manueldefalla.com).